

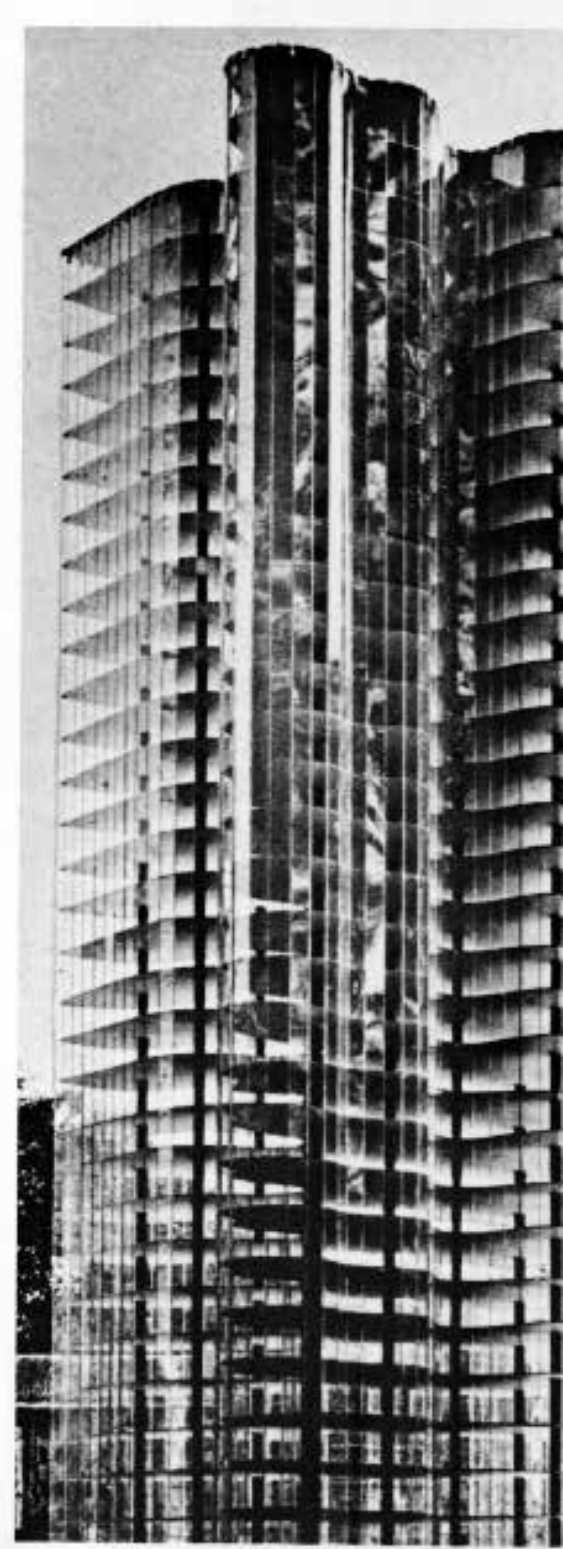
Plinio Rocca, el arquitecto capaz de dibujar la forma del universo

Jorge Vázquez Ángeles

TRAS VARIOS MESES DE INSISTENCIA, la entrevista con Plinio Rocca está por iniciarse. A sus setenta y cinco años contrasta su indiscutible renombre como arquitecto con el desconocimiento de buena parte de su vida. Una biografía no autorizada que se publicó hace más de quince años (cuyos fragmentos es posible encontrar en internet), y que motivara una demanda por parte del arquitecto, el retiro de los ejemplares y la posterior desaparición de la editorial responsable, afirmaba que el Premio Pritzker nació en el seno de una familia pobre en un pequeño poblado de la Pampa argentina, aunque el acta de nacimiento del autor de más de ciento treinta proyectos alrededor de todo el mundo fue expedida en Lausana, Suiza, el 17 de febrero de 1937.

De su formación universitaria se sabe tanto de los hoyos negros: meras especulaciones, aunque ha recibido diversos doctorados honoris causa de las universidades más prestigiosas del mundo. Su arquitectura es un claro ejemplo de audacia formal que no descuida el funcionamiento ni condena al ser humano a padecer los delirios de un megalómano ni tampoco lo hace sentirse como un paria. Ha hecho del ambientalismo su bandera y se ha involucrado en proyectos que además de no dejarle ganancia alguna, tampoco dan mucho brillo en un gremio que cada vez se aleja más y más de las personas. Es el caso de la serie de casas que diseñó en un barrio pobrísimo de Kingston, Jamaica.

Su asistente personal me ha dejado solo en una estancia amplia, de doble altura, donde el arquitecto resguarda buena parte de su biblioteca que, por su diseño,



Diseño para un rascacielos de cristal del arquitecto estadounidense Ludwig Mies van der Rohe, 1920.
Fotografía: Archivo Photos / Getty Images

recientemente ha sido publicada en un libro editado por la Universidad de Yale. Afuera llueve un poco, algo tan habitual en las afueras de Londres, sitio donde Plinio Rocca vive actualmente. Las condiciones en que se desarrolla la charla son precisas: no puedo preguntarle nada sobre su niñez ni acerca de su vida privada. No puedo sacar fotografías y la grabación de la entrevista será revisada por él mismo y posteriormente me enviarán una copia editada.

Detrás de la puerta por donde desapareció la asistente se escuchan pasos. Me acomodo de nuevo en la silla y el arquitecto por fin aparece. Su cabello entrecano es tan célebre como los anteojos de carey de Le Corbusier. En las escasas fotos donde aparece se le nota un bronceado caribeño, lo que contrasta con la blancura de la piel que ahora observo. Me extiende la mano y yo hago lo mismo. Sabía que era alto; me sorprende que su estatura ronde el 1.90. Viste un traje negro impecable, sin arrugas visibles, lo que de cierta manera me permite imaginar el precio. No lleva corbata pero sí mancuernillas plateadas que se asoman debajo del saco. O acaba de bañarse o Plinio Rocca es uno de esos hombres que a todas horas, en cualquier circunstancia, jamás pierden el estilo. Se me viene a la mente una comparación: posee la arrogancia de Frank Lloyd Wright, la elegancia de Mies van der Rohe y la galanura de Robert Redford.

Como si no supiera quién soy yo (para conseguir esta entrevista debí de enviar hasta mi fe de bautismo), su asistente me presenta y le habla de la columna que publico cada mes en Casa del tiempo. Plinio asiente como si hubiera leído cada una de mis entregas y la charla inicia con un recuerdo de hace veinte años, cuando un arquitecto sólo para iniciados, sin más patria que el restirador y sus ideas, visitó el campus de Iztapalapa en donde conversó sobre la nueva arquitectura y su visión sobre el futuro de las ciudades. Una breve crónica de ese encuentro con estudiantes dice que “los ánimos del auditorio se desbordaron ante las ideas de aquel hombre que sin decir la palabra revolución incitaba a realizar una en el campo de la arquitectura”. Aprovechando que Plinio Rocca ha roto el hielo, lanzo la primera pregunta:

¿Qué recuerda de esa visita a la ciudad de México? ¿Cuál es su opinión sobre la arquitectura mexicana actual?

Después de esa sesión inolvidable con alumnos y profesores, me llevaron a Garibaldi donde probé el tequila por primera vez, y hasta me cantaron canciones de un tal José Alfredo. Es cierto lo que dicen de mí: que me fascina descubrir la arquitectura que se está haciendo en países emergentes como México. Lo que



Fachada del Walt Disney Concert Hall de Los Angeles, California, proyectado por Frank Gehry en 2005. Fotografía: David McNew / Getty Images

Representación artística de Manhattan después de la construcción de la futura Torre de la Libertad y otros edificios diseñados por los arquitectos Norman Foster, Richard Rogers y Fuhimo Maki. Fotografía: RRP, Team Macarie via Getty Images



se hace en el llamado primer mundo dejó de interesarme desde hace muchos años. Sería muy fácil hablar sobre el trabajo de Luis Barragán y de las pirámides de Teotihuacán, pero no soy una persona que se escude detrás de lugares comunes. Me gusta mucho el trabajo de Alberto Kalach, a quien tengo el gusto de conocer. Como pocos, ha entendido la importancia de las áreas verdes incluso en edificios altos. Por lo demás, aunque noto ciertos avances y propuestas arriesgadas, sobre todo entre arquitectos de nueva generación como Tatiana Bilbao, creo que la arquitectura mexicana no ha dejado de estar atada a una tradición que ya no entiende sin haber entrado de lleno a una modernidad que, creo, le sigue siendo ajena.

Es un juicio muy duro contra la arquitectura mexicana. ¿Quiere decir que sigue siendo una arquitectura aspiracional?

En cierto sentido. Es lamentable, por ejemplo, la imitación que en pleno siglo XXI muchos arquitectos hacen del *high-tech* de los años setenta. Por otro lado, y espero que no se ofenda, los arquitectos mexicanos no saben proyectar rascacielos. Y no me vaya a responder que se debe a los temblores. Como dicen en España, lo que natura no da, Salamanca no presta.

¿Qué opina de sus contemporáneos? Es bien sabido que la relación con muchos de ellos dista de ser tersa.

La polémica en el campo de la arquitectura es inevitable. Sobre todo cuando observamos los desvaríos que afean a las ciudades y hacen infelices a las personas. Eso no lo puedo soportar. Por eso he sido muy crítico con los trabajos de Eisenman y de Gehry, por citar dos ejemplos. ¡Muchas de sus obras no sólo están mal hechas y cuestan una fortuna: tienen goteras, constantemente se inundan y para su ejecución se necesitan programas de la NASA! El buen arquitecto es aquel que con un lápiz y una hoja de papel es capaz de dibujar la forma del universo.

¿Cómo es un día de trabajo en su despacho, que por cierto ha sido definido como uno de los espacios más propicios para la creación arquitectónica?

La definición de mi despacho es exagerada. Desde luego que no es la pocilga de Le Corbusier ni el exagerado corporativo de Norman Foster. Mi oficina es un ejemplo a pequeña escala de mis ideas sobre cómo debe ser la arquitectura: franca, transparente, confortable y donde el ser humano se sienta en casa.



Vista panorámica del Museo Guggenheim, diseñado por Frank O. Gehry
Fotografía: Taller de Imagen (TDI) / Cover / Getty Images

Esos conceptos suenan al movimiento moderno, a aguas pasadas...

Es probable. Como todo humanista me considero un utopista. Pero no me culpe por el desastre que causaron en las ciudades figuras como Le Corbusier, a quien admiro mucho como arquitecto pero que deploro como urbanista. El uso de materiales aparentes ocasionó que en los sectores sociales más pobres se fijara para siempre la idea de que dejar el tabicón desnudo los aproxima a su más oscuro deseo: el de parecerse a las clases sociales altas.

Me iba a decir cómo es un día normal de trabajo en su...

Es cierto. Mi cabeza es un torbellino de ideas. Justo ahora estaba imaginando una nueva silla y en el color que llevará la mezquita que construyo en Qatar. Llego temprano a la oficina y convoco a los jefes de taller para revisar entre todos el avance de los proyectos que estamos realizando. En este momento trabajo en veintitrés proyectos, de diferentes escalas y usos, ubicados en los cinco continentes. La tecnología me permite tener contacto con las diez oficinas alrededor del mundo. Después me concentro en mis asuntos: el diseño de muebles es una de mis pasiones. Ya por la tarde recibo a las personas que vienen a verme para que les diseñe algo, desde una silla hasta un rascacielos.

¿Cómo decide en qué trabajar? ¿Cómo les dice a sus potenciales clientes que no tiene tiempo de ocuparse de ellos?

Es muy simple. Si se trata de un reto lo afronto y firmo los contratos. Decir que no es muy fácil: abiertamente agradezco la confianza y digo que no me interesa

el proyecto. Lo que se hace sólo por dinero termina siendo un desastre.

¿Cuáles de sus obras han sido desastrosas?

Me gusta su dialéctica. Cualquier obra corre el riesgo de convertirse en un desastre si desde el principio el concepto que articula el todo con las partes no queda claro para el arquitecto ni para el cliente. Soy muy claro al exponer mi manera de trabajar. Todas las decisiones las tomo yo y nadie más. Corro los riesgos y asumo las consecuencias. Llevo más de cuarenta años dedicado a una actividad que, por definición, genera problemas de toda índole. Eso me gusta de mi oficio: es como enfrascarse en una lucha contra el mar. Y siempre salgo adelante.

¿Desde siempre quiso ser arquitecto?

Tenía muchas opciones pero vi el desastre que dejaba tras de sí el movimiento moderno y supe que tenía que hacer algo.

¿Qué va a hacer cuando termine la entrevista?

Seguiré con mi vida privada. Me dio gusto conocerlo.

Se levanta y se despide de mí. Abre la puerta de la biblioteca y desaparece. Su asistente me entrega un libro con la obra completa de Plinio Rocca. El arquitecto me ha escrito una dedicatoria. Antes de salir a la lluvia londinense, descubro el título de la larga fila de libros de lomo azul, colocados estratégicamente del lado izquierdo de la puerta de salida: Plinio Rocca. Biografía no autorizada. 